

*LOS PARTIDOS NORTEAMERICANOS
DESPUES DE LAS ELECCIONES DE 1968*

La reciente victoria de Lindsay, en la lucha para el nombramiento de alcalde de Nueva York, ha devuelto esperanza a las izquierdas que después de la elección de Richard Nixon en 1968 habían perdido muchas de las posiciones que retenían en la Administración Central.

Sobre la afirmación de Lindsay se ha escrito y se ha dicho mucho. Por tanto no vale la pena de repetir todo lo que ya es sabido; o sea, que la victoria del «republicano independiente» Lindsay ha sido favorecida por la designación de dos candidatos conservadores, Marchi y Procaccino. Probablemente si uno de los dos candidatos «oficiales» (Lindsay no obtuvo la designación, por el partido republicano, y se presentó como «republicano independiente», en contraste con las directivas y la organización del partido) hubiese sido progresista, los votos de la izquierda se habrían dividido. Y en consideración también al hecho de que esta vez los conservadores habían formado un bloque (la otra vez presentó su candidatura hasta uno de los exponentes más a la vista del partido conservador «oficial» Willian Buckley el cual obtuvo cerca de 300.000 votos, y ahora Buckley ha invitado a sus antiguos electores a votar por Marchi), Nueva York habría tenido un alcalde moderado.

De hecho, y sea como fuere, es un dato el de que poco más de un año desde la victoria republicana en la lucha por la Casa Blanca, la situación en el interior de los partidos norteamericanos se presenta bastante confusa. Hay una clara tendencia, en los dos mayores partidos, a politizar siempre más sus posiciones singulares; o sea a dar mayor relieve a las corrientes internas que a los aparatos. El episodio Lindsay es un claro síntoma. Es verdad que no todos los republicanos de Nueva York han estado de acuerdo con las decisiones del Comité ejecutivo de su partido, y que muchos de quienes lo financian han preferido continuar apoyando a Lindsay; más bien que al candidato «oficial de los republicanos», pero es también verdad que el aparato, en un movimiento político norteamericano, tiene o debe tener su peso. Si esto no

ha acaecido en ocasión del nombramiento del alcalde de Nueva York, quiere decir que el fenómeno del cual tratábamos antes (la disgregación de la organización y la preponderancia de las corrientes ideológicas), está en pleno desarrollo.

También en el pasado hubo casos casi clamorosos de rebeliones a las directivas del aparato. El mismo «fenómeno Wallace» en 1968, fue un ejemplo típico de desobediencia. Pero por primera vez la revuelta ha tenido éxito, y la crisis de las estructuras del partido ha explotado en toda su violencia.

Por consecuencia, un análisis de los partidos norteamericanos debe tener en cuenta las diversas posiciones doctrinales, más que la situación del partido como aparato en grado de dictar directivas y de expresar directivas políticas.

La derecha

El nombramiento de Nixon como Presidente de los Estados Unidos, fue saludado como una afirmación clamorosa de las derechas norteamericanas. Ahora, prescindiendo de las diversas distinciones entre una corriente y la otra, y por tanto independientemente del apoyo que los diversos grupos de derechas dieron al candidato republicano a la Casa Blanca, no se puede por menos de considerar que Nixon, entre los hombres de la derecha republicana, es ciertamente el menos calificable de derecha. Al menos según una interpretación que tenga en cuenta las diversas situaciones ambientales.

Quien consideraba que con la victoria de Nixon se habría verificado el mismo fenómeno que se produjo en el momento de la afirmación de Kennedy, cuando rápidamente las palancas del mando fueron cogidas por la «intelligenza» radical y de izquierda, ha quedado desilusionado. Nixon verdaderamente ha colocado en los puestos a hombres suyos. Pero esto no significa que todos ellos sean de derecha. Se trata de gente que en general puede definirse como moderada, pero con matices que van desde el conservadurismo clásico al radicalismo más blando. En resumen, el aumento de la proporción de conservadores en los ganglios vitales de la administración, ha sido relativamente modesto; y en cada caso bastante limitado.

Recientemente ha desaparecido el senador Dirksen, líder del grupo republicano en el Senado, y uno de los consejeros más influyentes de Nixon, que le tenía en gran estima. Dirksen era considerado un conservador, y en efecto su desaparición ha dañado al ala moderada de la alineación política; aunque sólo fuese porque el viejo senador gozaba de un gran prestigio. El

índice del *conservadurismo* que le atribuía hace pocos años, una organización experimentada en sondeos de opinión, era el 79 %. Esto no es poco, si se considera que de los otros dos líderes de la derecha (John Williams, senador de Delaware, y Barry Goldwater, senador de Arizona) era respectivamente del 99 % y del 98 %.

Peró en los últimos tiempos, Everett Dirksen, senador de Illinois, había comenzado a asumir una actitud mucho más moderada. Una violenta polémica estalló en abril del 1968, cuando Dirksen cambió clamorosamente de parecer sobre la *Open-Housing Law*; atrayéndose la rabiosa acusación de transformismo, por parte de los conservadores extremistas, los cuales le compararon con intentos claramente polémicos) con Lord Curzón, destacado por sus oscilaciones en el interior del *Conservative Party* inglés de hace medio siglo.

La cosa peor para los conservadores republicanos, es que el puesto de Dirksen ha sido tomado por Hugh Scott, Senador de Pensylvania. El cargo de presidente del grupo republicano en el Senado es bastante importante; sobre todo por los reflejos políticos que tiene y por la influencia que su detentador puede ejercitar sobre el jefe de la Casa Blanca. Es comprensible el ansia con la cual ha sido seguida la designación del sucesor de Dirksen. Pero para los conservadores esta vuelta ha salido mal. Scott es uno de los exponentes más visibles de la izquierda republicana. Desde hace muchos años combate en una batalla de sentido progresista, y nunca ha mostrado benevolencia para los moderados.

Otro golpe a las posiciones conservadoras, en lo interno del partido republicano, ha sido causado por la transferencia del Dr. Arthur Burns a la presidencia de la Federal Reserve.

Burns es un escritor bastante destacado y bien conocido por su profunda preparación en materia económica. Ajeno a los extremismos, que en más de una ocasión han caracterizado al movimiento conservador, él ha ocupado siempre una posición moderada. El mismo nombramiento, importantísimo, aclara hasta qué punto es estimado por el actual Presidente.

Peró si la presidencia de la Federal Reserve le confiere mayor prestigio, al mismo tiempo le aleja de la Casa Blanca, donde había estado hasta ayer. Un destacado comentarista de cosas políticas norteamericanas, ha subrayado este episodio: «La transferencia de Arthur Burns significa que los pocos conservadores que rodean a Nixon han perdido a su más ilustre e inteligente colega».

Los otros sectores de la derecha no tienen ya la vivacidad de hace un año. La *National Review*, que es la revista más autorizada e inteligente de los conservadores norteamericanos, está en crisis desde hace tiempo, y no logra recuperar el brillo de los años pasados.

¿Es que la política prudente de Nixon y el período de éxtasis del movimiento conservador, son preludios de cualquier cambio inesperado en el interior del ala derecha? Esto no está excluido.

Por otra parte, si la derecha republicana está en un momento delicado, la demócrata no navega, ciertamente, en mejores aguas.

Hemos tenido ocasión de hacer notar repetidamente, que la derecha demócrata representa un fenómeno ligado a contingencias sociales y geográficas, más que estrictamente ideológicas. En el Norte y en el Oeste no ha tenido jamás un peso específico; y las únicas manifestaciones de relieve están constituidas por algunos círculos de intelectuales. La verdadera fuerza de la derecha demócrata está (o al menos estaba) en el Sur. Allí los factores de naturaleza social han hecho siempre que el partido demócrata que más al Norte es contradistinto en general de un encendido progresismo, representase la punta avanzada del conservadurismo. Un conservadurismo ideológicamente indefinido, y en el cual se mezclan factores sentimentales, motivos de resentimiento racial, y explosiones de demagogia incontrolada.

Pero ahora parece que también al Sur, la derecha, tan sólida en el interior del partido demócrata, está marcando el paso. El motivo es fácilmente comprensible. Cuando se habla de derecha sudista en el partido demócrata, en general no se hacen distinciones demasiado sutiles: bajo esta etiqueta se clasifican extremistas de todo orden y grado; racistas, pero también conservadores auténticos que dan a su batalla un significado ideológicamente válido. Las conclusiones están a la orden del día, y si de un cierto punto de vista no contribuyen a la pureza de la acción del movimiento conservador, desde otro punto consienten la movilización de masas importantes. De fuerzas no plenamente conocedoras del significado doctrinal de cierta posición, pero totalmente convencidas de la bondad de esta acción.

La hemorragia de los exponentes de relieve del partido demócrata convencidos de la inutilidad de una batalla en las filas de este movimiento, fue primero gradual, y ha acabado poco a poco por llegar a ser catastrófica para la derecha sudista.

Strom Thurmond, senador de Carolina del Norte, dejó en 1964 las filas demócratas, para pasar a las republicanas donde hoy desempeña un papel de

primer plano. Wallace, en 1968 ha representado el fenómeno más consistente de rebelión contra el aparato demócrata abierto hacia la izquierda (como Lindsay lo ha sido, en lo interno del partido republicano, contra el aparato de tendencia conservadora). En resumen, con la continua emigración hacia otras orillas de exponentes demócratas de tendencia conservadora, la derecha sudista ha acabado por perder peso y relieve.

La derecha demócrata, ahora sólo controla en el Sur algunas islas. Son el gobernador de Georgia, Lester Maddox, el senador Harry Byrd jr., de Virginia, y algunos otros más. Pero todos están en posición de defensa, completamente aislados en el interior del partido, y no está completamente excluido que sean obligados a abandonarlo para unirse a Wallace o a Thurmond en el partido republicano.

Esto es, naturalmente, en cuanto concierne a los exponentes de mayor peso. Sobre la orientación general de los demócratas del Sur, es difícil pensar que después de más de cien años, ellos decidan de repente orientarse hacia la izquierda. Sobre todo porque la tradición es muy fuerte, y bastante sentida en los Estados de la vieja *Confederacy*; y después porque el aparato del partido, orientado a la izquierda, no tiene fuerza ni autoridad para imponer a la masa del Sur una dirección diversa de la tradicional. Es probable que si el fenómeno de la disidencia continúa con el mismo ritmo, al paso de los años habrá un trasiego de votos desde las filas demócratas a las republicanas; con acentuado arrastramiento de abstenciones; mientras que los conservadores demócratas decididos a permanecer en el partido, probablemente inventarán un nuevo leader, de la misma talla de Thurmond o de Wallace.

La izquierda

Si la derecha sufre de irregularidad orgánica, la izquierda está enferma de fraccionamiento agudo, y ahora ya no tiene un líder digno de este nombre, que pueda recoger las aspiraciones y las confusas tendencias de los radicales de varias extracciones.

Con el fin, incluso político, de la familia Kennedy, prácticamente los progresistas norteamericanos se han quedado sin un jefe. Hubert Humphrey después de la derrota de 1968, prácticamente ha entrado en la sombra. Designado por el partido demócrata para ser candidato de la Casa Blanca en un momento dramático para la vida del país y del partido, no tenía la talla del

líder, ni la tiene hoy después del duro reajuste de 1968. No está excluido que en un próximo futuro, para evitar secesiones ulteriores, los demócratas decidan recurrir a un personaje neutro y sin particular relieve, que podría hacer de pararrayos en la confrontación con los «jóvenes leones» de la izquierda radical. Pero por el momento no se habla más de Humphrey. Está como en naftalina. Y no se sabe si valdrá la pena de dejarle fuera.

Quien se mueve mucho es Eugene Mc Carthy, candidato fallido en la Convención demócrata de 1968. Mc Carthy es inteligente, y la derrota le escuece aún. Ha comprendido que su momento puede llegar, pero no se propone repetir los errores ya cometidos. Por esto, sutilmente, ha comenzado a volverse a proponer como el candidato del futuro, no sólo del partido demócrata, sino de todos los «progresistas norteamericanos». Podría hablarse de los republicanos de izquierda que han apoyado a Lindsay contra el aparato oficial del partido demócrata; de los radicales; de la «nueva izquierda», etc. Mc Carthy es un senador demócrata, pero esto no quiere decir nada. Su posición es puramente electoral, que va lentamente confundiéndose en las nieblas de una actitud indefinible, abierta a toda solución.

En sustancia, ni a la derecha ni a la izquierda se quiere correr el riesgo de quedar anclados sólidamente en las organizaciones de partido. Un poco porque la experiencia ha demostrado que estos ya no tienen la fuerza de imponerse a los movimientos de masa (sin importar si son espontáneos o provocados); un poco porque cada uno de los líderes en potencia está estimulado por la ambición de presentarse a la opinión pública como el hombre de la pacificación, por encima y aparte de los partidos. Esto, después de las violentas polémicas de los años pasados y las interminables disputas sobre el Vietnam, es un hecho que ha dividido y divide profundamente a los norteamericanos, y representa una posición totalmente cómoda para un eventual Presidente de los Estados Unidos.

Eugene Mc Carthy ha emprendido desde hace tiempo esta ruta. El es aún el líder de los pacifistas, de los radicales; pero es sobre todo el exponente y la expresión de los jóvenes. De los jóvenes de izquierda, naturalmente, dado que no se puede ni siquiera hablar de un movimiento de relieve entre los jóvenes de derecha; que ciertamente no son pocos en los Estados Unidos pero están bastante desorganizados y divididos.

El radicalismo juvenil, expresado en los años pasados por la «nueva izquierda», ha acabado poco a poco por asumir formas y sustancias de un grupo relevante políticamente. Desde el punto de vista ideológico, la consistencia

de estos grupos es casi nula. Pero su fuerza de presión llega a ser de día en día mayor factor de preocupación. La prensa da gran importancia a exponentes juveniles como Bobby Seale y Abbie Hoffman, y a los dirigentes de las jornadas nacionales de «movilización» para la paz. El mismo Vicepresidente de los Estados Unidos, Agnew, ha iniciado recientemente una dura y violenta polémica contra la prensa y las estaciones de televisión, que, según él dan a esos fenómenos del todo marginales un relieve absolutamente desproporcionado, ayudándoles con una forma gratuita e infantil de publicidad.

Los observadores más tranquilos notan que, gracias a los medios de información, particularmente blandos respecto a los movimientos radicales juveniles, lo que cuenta no es tanto la actividad de los partidos como el activismo de los grupitos de izquierda.

Estas pequeñas centrales de violencia escapan ya al control de los partidos; a los cuales consideran superados y anclados en esquemas que están en neto contraste con las presuposiciones del realismo juvenil. Por esto, los hombres políticos más astutos de la izquierda norteamericana, han buscado y buscan desprenderse lentamente del aparato; aunque sin romper claramente con los centros de poder que les procuran fondos para las campañas electorales, y votos.

Eugenio Mc Carthy es ciertamente el mejor «emplazado» en esta carrera del «autonomismo ideológico». Tiene sobre sí una clara historia de amigo de quienes protestan, y de líder de los jóvenes. Por tanto, tiene todas las cartas preparadas para volverse a imponer a la atención de los hombres de la «nueva izquierda». De hecho, después de la derrota (verdaderamente digna) del 1968, no ha perdido jamás los contactos con las masas del radicalismo juvenil. No se ha puesto de su parte, pero ni siquiera ha tratado de remontar de pronto la corriente. Se ha limitado a esperar, cultivando las amistades que su «pacifismo de anti-marcha» le había procurado. Y ahora, según parece, su momento está a punto de venir de nuevo. Dado que su nombre corre de nuevo con frecuencia cada vez mayor en las manifestaciones contra la guerra del Vietnam, y en el orden del día de los grupos de izquierda.

El fenómeno Wallace

El «caso Wallace» hizo explosión en 1968, con una violencia que dejó espantados a todos los observadores. En un primer momento, el ex-gobernador de Alabama fue comparado con una caricatura; pero después los pronósticos

comenzaron a ocuparse también de él, y hubo un momento en el cual era una opinión corriente que en la carrera hacia la Casa Blanca, Nixon y Humphrey tendrían que contar con este demagógico exponente de la derecha sudista. Después, el fenómeno retornó a sus límites naturales, y Wallace obtuvo aproximadamente diez millones de votos; lo cual apagaba sus ambiciones de «último llegado», pero ciertamente no satisfacía a quienes le consideraban como «el tercer caballo» en el desafío electoral.

¿Qué ha hecho por fin Wallace? ¿Qué hace ahora? Sus ambiciones no han decaído ciertamente. El Partido Independiente Americano que fue la organización creada para sostener su campaña electoral, ha sufrido diversas contradicciones e inquietudes post-electorales. Pero después Wallace ha vuelto a ponerse a organizarlo en todos los Estados de la Confederación. Se ha retirado a Montgomery en Alabama; donde su oficina electoral funciona aún regularmente con un domicilio bastante significativo. Es P. O. Box 1972, el año en el cual, según Wallace, su escalada hacia la Casa Blanca será coronada por el éxito.

Lo de Wallace fue un fenómeno surgido espontáneamente, germinado casi automáticamente. Ninguno le financiaba, ninguno le apoyaba. Los gastos de su campaña electoral fueron pagados por centenares de millares de desconocidos, de norteamericanos modestos, campesinos, obreros, tenderos, etc. Ellos enviaron por correo billetes de 1,5 y 10 dólares. Hasta un total de decenas de millones de dólares.

Parece que también ahora se repite este fenómeno de entusiasmo colectivo. Wallace no tiene dinero para organizar la campaña electoral de 1972. Hace como hizo Goldwater en 1964; se ha dirigido a la opinión pública, a los norteamericanos medios. Ellos ven en Wallace, como vieron en Goldwater, el defensor de sus derechos que se bate contra los «politicastos de Washington», que promete a cada uno tutelar las pequeñas propiedades construidas a través de una vida de trabajo y que el Estado «socialista» quería confiscar. Para ellos Wallace representa el antiguo «espíritu americano», contra las degeneraciones radicales.

El fenómeno Goldwater fue querido por la masa anónima y modesta de los norteamericanos medios. Lo mismo puede decirse para Wallace. Los grandes capitales no se han empeñado jamás en la financiación de estos «caballos cojos» (como con un término colorido se definen en Norteamérica los candidatos que tienen escasas posibilidades de éxito). El dinero ha venido siempre de los ciudadanos más modestos, como nueva prueba del hecho de que la as-

piración a la estabilidad y la seguridad económica aunque generalmente se provee de paladines improvisados, es fuertemente sentido en la masa anónima de los norteamericanos medios. Y que esta aspiración se identifica con el movimiento conservador que es siempre expresión de algunos conceptos básicos, todavía hoy bastante en boga. Odio por toda forma de radicalismo de izquierda; respeto por los valores de la tradición; deseo de estabilidad económica etc.

A estos componentes nacionales, Wallace añade todavía una característica de la mentalidad sudista: el racismo. Sea como sea, además de toda consideración sobre los estímulos doctrinales que están en la base de su acción, la opinión corriente es que difícilmente logrará hacerlo mejor que en 1968. La exigencia del «tercer partido» comienza desde ahora a ser fuertemente sentida en los Estados Unidos. Pero para provocar el nacimiento deberá haber primero o después, elementos ideológicos mucho más sólidos que los que componen el «fenómeno Wallace».

FRANCESCO LEONI

(Traducción de Rodolfo Gil Benumeya.)

